



Justo es decir que el príncipe, su marido, era todavía mucho más joven que la princesa, puesto que no había cumplido los doce años de edad. Aunque aquella ceremonia de Palencia no era sino el preámbulo al matrimonio oficial celebrado en Madrid en 1393 alcanzada la edad en la que el rey asumió el reino y celebró sus primeras cortes, de las que salieron algunos reconocimientos y nombradías para la villa de Atienza que todavía se conservan en los archivos.

Catalina, en tanto, comenzó a conocer sus señoríos, y conoció el de Atienza. No cabe la menor duda de que se sintió atraída por la magnífica fortaleza que le fue entregada, nada que ver con el aspecto con el que hoy se nos presenta, así como por lo rumboso de una población en crecimiento, a la que como antes hicieron otros señores en otros lugares, decidió engrandecer de una de las maneras que entonces resultaban más prácticas para alcanzar la gloria eterna: levantando un monasterio, convento o iglesia que la acercase a la divinidad.

De aquella manera, por aquellos tiempos y de la mano de tan magnífica señora, comenzó la grandiosa obra de la construcción, prácticamente de nueva planta, de lo que habría de ser, aunque no lo fue, grandioso convento de San Francisco de la Inmaculada Concepción. Pobremente alzado cien años antes.

Canteros y oficiales comenzaron a labrar piedra en la década de 1390 para levantar la iglesia del cenobio, dando pie a una de las mejores muestras del gótico inglés, o normando, que se conoció en esta parte de Castilla, el grandioso ábside de San Francisco; los mismos canteros, o sus discípulos, se encargaron de labrar algunas otras muestras de este mismo arte normando, en las provincias de Cuenca y de Segovia. En Santa María de Nieva, por Segovia; y en Nuestra Señora de Atienza por la conquense de Huete.